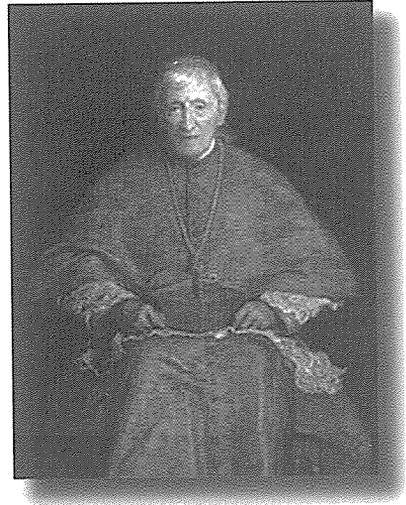


Recibido: 12-02-2013/ Aprobado: 25-03-2013
pp. 153-161

Nelson Tepedino



NEWMAN Y
LA UNIVERSIDAD.
UNA REFLEXIÓN
FELIZMENTE ANACRÓNICA

RESUMEN

Dentro del vasto campo de su pensamiento, el cardenal Newman dedicó varios de sus escritos a lo que podríamos llamar el problema de la idea o esencia de la universidad. En nuestros días, uno de los indicadores más preocupantes de la crisis que viven las instituciones de educación superior es justamente la ausencia de claridad sobre este punto. Pienso que no hay que dar por sentado que sabemos qué es una universidad y es por ello que en esta ponencia se hará una exploración del problema a partir de las ideas de John Henry Newman, con el objetivo de arrojar luz sobre nuestra situación actual y proponer posibles vías de desarrollo para el futuro. Asimismo, se prestará particular atención al tema de la especificidad de la universidad católica en la concepción de Newman y al papel que esta catolicidad está llamada a jugar no solo intraeclesialmente, sino también y sobre todo dentro del ámbito de la cultura contemporánea y sus retos más acuciantes y profundos.

Palabras clave: Idea de la universidad – cardenal John Henry Newman – universidad católica – cultura contemporánea.

Newman and the University. A reflection happily anachronistic

ABSTRACT

Within the vast field of his thought, Cardinal Newman dedicated several of his writings to what we might call the problem of the idea or essence of the university. Nowadays, one of the most troubling indicators of the crisis experienced by higher education institutions is precisely the lack of clarity on this point. I think that we should not assume that we know what a university is. Therefore, this paper is an exploration of the problem from the perspective of John Henry Newman, in order to shed light on our current situation and suggest possible ways for the future.

Keywords: Idea of the University, Cardinal John Henry Newman, Catholic University, Contemporary Culture.

Soy profesor universitario. Hace unos años presenté, como es usual y rutinario en nuestras instituciones, el programa de un curso para su evaluación y aprobación. Como es también cada vez más común, el programa fue rechazado. Se me dijo que el comité en cuestión no tenía en realidad nada en contra del programa y que el curso era interesantísimo y necesario (se trataba de un curso sobre el totalitarismo para estudiantes de todas las carreras de la universidad), pero había un aspecto muy importante que debía ser corregido. Resulta que había cometido el muy grave error de describir los objetivos del curso utilizando verbos como "conocer", "saber", "entender", "comprender" y "pensar". Eso resultaba, sencillamente, inadmisibile, puesto que desde las alturas de la ciencia pedagógica, especialmente de una disciplina cuyos arcanos desconozco llamada "diseño curricular", se había decretado en tiempos recientes y desde las mejores universidades del mundo, que tales objetivos debía ser sustituidos por verbos "activos" que indicaran *competencias* o "habilidades prácticas" que los estudiantes adquirirían en el curso y que les permitirían "hacer algo concreto" con esas cosas que habían aprendido durante los tres meses del curso. Verbos como los utilizados por mí no eran susceptibles de ser evaluados, puesto que ni conocer, ni saber, ni entender ni, mucho menos, pensar, son "competencias" que se traduzcan en alguna habilidad práctica que se pueda medir objetivamente y que sea de utilidad para el desempeño profesional de mis estudiantes, una vez que dejaran de serlo. Ni que decir tiene que no hubo manera de discutir con mi interlocutora, poseedora de una seguridad envidiable en la absoluta verdad, sólida objetividad y universalidad de dicho "enfoque pedagógico", así que no me quedó otro remedio que romperme la cabeza para poder redactar unos objetivos para mi programa que se adaptaran a la jerga burocrática que caracteriza cada vez más a mi universidad.

Narro esta anécdota porque me parece que ejemplifica muy bien lo que a mi juicio es la raíz última de la crisis que atraviesan nuestras universidades.

Ciertamente, las universidades, tanto en el mundo como en nuestro país, sufren desde hace tiempo innumerables problemas, en el contexto de un mundo que ha dejado de cambiar rápidamente para devenir en una especie de vértigo infinito que se acelera cada vez más y en el que es cada vez más difícil encontrar un sentido estable. Los problemas son de todo tipo: económicos, políticos, éticos, epistemológicos, pedagógicos. Pero, en el fondo, me parece que todos los problemas que enfrentan las universidades desde hace ya décadas descansan sobre uno que es radicalmente *filosófico*, a saber, la pregunta sobre la *esencia* de la universidad, sobre lo que ella realmente es, y cuál es su misión. Tengo muchos ejemplos, derivados de mi experiencia cotidiana en una universidad venezolana, supuestamente dotada de una muy particular excelencia, para ilustrar por qué pienso esto, pero de todos ellos el que más ilustrativo me parece es el que les acabo de citar. Porque, ¿qué clase de universidad es esa donde no se viene a conocer, a saber, a entender y, en definitiva, a pensar? ¿Qué ha pasado para que se llegue al extremo de cuestionar de manera tan tranquila y rampante que el conocimiento en cuanto tal no califica como objetivo de un curso universitario? ¿Por qué el criterio último de lo que se imparta en clases debe ser la susceptibilidad de los contenidos para ser "cuantificados" en una "evaluación objetiva"? Pues bien, pienso que una universidad que le dice a un profesor de filosofía que no puede suponer cuando enseña que su objetivo último es la búsqueda de la verdad por sí misma, sino, en todo caso, poner su conocimiento en función de una utilidad práctica, de una "habilidad", de una "competencia", es una universidad que ha perdido el rumbo y que ha dejado de saber en qué consiste, justamente, ser una universidad. Como en muchas otras cosas, la inercia sociológica de las instituciones permite que estas continúen funcionando y simplemente se *presuponga* que hay una clara conciencia de lo que realmente son y de su misión verdadera. Esa situación, sin embargo, conduce tarde o temprano, a que se hagan manifiestas innumerables disfunciones y distorsiones que entorpecen la labor universitaria, a veces, hasta el absurdo. Es entonces cuando aparece la necesidad de repensar lo que se hace, y si se tiene suerte, puede que surja alguien que apunte en la dirección correcta y haga las preguntas pertinentes. Porque, para diagnosticar la enfermedad de la universidad, es necesario saber en qué consiste su salud, que no es otra cosa que la plenitud de su idea, de su esencia.

En su momento, el cardenal John Henry Newman, recientemente beatificado por el papa Benedicto XVI, se vio enfrentado al reto de fundar una universidad católica para Irlanda. Por razones históricas que no es importante reseñar aquí, el experimento duró pocos años, pero fue la oportunidad que tuvo Newman para desarrollar amplia y sistemáticamente una reflexión sobre

lo que él consideraba era la esencia de la universidad, que quedó plasmada en un libro notable titulado, justamente, *La idea de la universidad*¹, cuya primera edición data de 1852 y que resulta de una sorprendente actualidad si se lee contra el telón de fondo de la situación actual de las universidades. Que Newman haya asumido su misión, encargada por los obispos irlandeses, no como un dócil ejecutor de las directivas recibidas, sino como un fundador autónomo que actúa conforme a una profunda reflexión acerca de la esencia de aquello que se le encarga, no es casual. Ni carece de importancia frente a la naturaleza de la empresa que llevó adelante, como veremos. Porque Newman es un ejemplar de esa forma de vida que Xavier Zubiri llamó *vida intelectual*, y que él mismo llama *filosofía*, y que consiste, en *vivir poseído por la verdad y en un constante esfuerzo por mantenerse en la unidad primaria e integral*² de todas las cosas que van desplegándose en el inmenso y complejo desarrollo de todas las ciencias y todos los saberes. Como san Agustín, Newman se convierte del anglicanismo al catolicismo justamente después de un largo itinerario de búsqueda de la verdad que lo lleva —a pesar suyo— a abandonar la Iglesia de Inglaterra, donde era toda una personalidad intelectual, para entrar en una Iglesia católica que él mismo percibía llena de carencias y poco atractiva desde un punto de vista mundano, pero que se mostraba con toda evidencia a su intelecto como la única Iglesia que llevaba en vasijas de barro la plenitud de la revelación cristiana. Un hombre así no podía fundar una universidad si no era sobre el fundamento firme de su propia verdad ontológica. No lo hace por razones pragmáticas o utilitarias, no “diseña” una institución para “responder” a “retos” contingentes nacidos de cualquier “análisis de la realidad”, sino que, por el contrario, piensa que, sea como sea la coyuntura que se vive, esta solo se verá servida adecuadamente si la universidad responde a su propia verdad y no la compromete para responder a cualquier tendencia de moda.

Y, justamente, en aquel tiempo la corriente de moda era la misma que animaba a la amable profesora-burócrata de mi ejemplo, a saber, la de un utilitarismo inspirado en Bentham que planteaba sustituir en Oxford el estudio de los clásicos por conocimientos “útiles” y “prácticos” que capacitaran (hoy diríamos que otorgaran “competencias”) para el ejercicio de una profesión o un oficio³. La idea de la universidad de Newman está radicalmente opuesta a esta visión pragmática y utilitaria de la educación y su actualidad radica precisamente en que esta tendencia, como vimos, se ha enseñoreado de nuestras universidades y, sobre todo, de la idea convencional que tenemos sobre ellas.

1 Newman, John Henry: *The Idea of a University*, San Francisco: Ignatius Press, 2010.

2 Zubiri, Xavier: *Nuestra situación intelectual*, en *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid: Alianza Editorial-Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1987, pp. 27-57.

3 Dulles, Avery Cardinal: *Newman's Idea of a University: Still Relevant to Catholic Higher Education*, <http://www.catholicichighered.org/CardinalDullesAddress/tabid/400/Default.aspx>

El corazón del planteamiento de Newman radica en su idea de que el núcleo de la educación universitaria no es la capacitación para el ejercicio profesional. No se trata de que no sea este uno de sus fines principales, pero si este fuera el caso, no estaríamos frente a una universidad, aunque se autodenomine de esa forma, sino ante una escuela de capacitación técnica o profesional. Para Newman, la universidad no es un sitio para formar profesionales solamente en cuanto tales, sino *un lugar para enseñar el conocimiento universal*⁴. Una universidad es tal, para Newman, porque, en primer lugar, en ella están presentes la totalidad de las ramas de la ciencia o, al menos, las más importantes y, en segundo lugar, porque su actividad principal no es la investigación, sino la enseñanza de ese conocimiento universal (si así fuera, no sería una universidad, sino un instituto de investigación).

Ahora bien, esa enseñanza de la universalidad del conocimiento es comprendida por Newman no como una mera acumulación de contenidos, sino muy concretamente dentro de la concepción de lo que él llama la *educación liberal*. La universidad se debería diferenciar de otros establecimientos de educación superior precisamente en el carácter liberal de la formación que allí tiene lugar⁵. Es *liberal* porque no está ordenada a otro fin que no sea el conocimiento en cuanto tal. Su objeto es la verdad, y la verdad es un bien trascendental, digno de ser alcanzado y disfrutado por sí mismo y no en función de un fin ulterior. Es, por tanto, un conocimiento *libre*, autónomo, y no un ejercicio de la razón puesta al servicio de un fin ulterior a su propia actividad. *Liberal*, aquí, significa que no es un conocimiento *servil*, supeditado a una presunta utilidad inmediata⁶. Lo que la formación liberal persigue, en primera línea y sin excluirlas, naturalmente, no es dotar al estudiante de competencias prácticas, sino de un *plus* fundamental que debería subyacer a toda capacitación técnica o profesional y que es justamente lo que se necesita para otorgarle a esta un sentido profundo. Ese *plus* no es un particular canon de conocimientos, ni un curriculum determinado, sino, como Newman lo llama, un *hábito de la mente*, un *hábito filosófico*⁷. La educación universitaria, en contraste con la mera instrucción, consiste para Newman en buscar la *perfección o virtud del intelecto*, que es lo que Newman llama también *filosofía*, *conocimiento filosófico*, *dilatación de la mente o iluminación*⁸. Obviamente, Newman no está hablando de la filosofía como una disciplina específica o como el conjunto de desarrollos teóricos que esta ha tenido a lo largo de su historia. Está hablando de filosofía en tanto que una particular configuración

4 Newman, John Henry: *The Idea of a University*, San Francisco: Ignatius Press, 2010, loc. 54 de la edición electrónica. Traducción mía.

5 *Op. Cit.*, loc. 1476 de la edición electrónica. Traducción mía.

6 *Op. Cit.*, loc. 1537 de la edición electrónica. Traducción mía.

7 *Op. Cit.*, loc. 1478 de la edición electrónica. Traducción mía.

8 *Op. Cit.*, loc. 1759 de la edición electrónica. Traducción mía.

del intelecto frente a las cosas, que trasciende a todas las ciencias, sean estas teóricas o prácticas. Una *habitud* básica de la persona en su manera de situarse en la realidad. Es lo mismo que Zubiri llama *vida intelectual*, una particular configuración de la persona y su mirada que la lleva a buscar siempre la verdad para vivir en ella. Oigamos al propio Newman:

Se me ha preguntado cuál es el fin de la educación universitaria y del conocimiento liberal o filosófico que concibo se debe impartir en ella. Respondo diciendo que lo que he dicho hasta ahora es suficiente para mostrar que es un fin muy tangible, real y suficiente, aunque dicho fin no puede ser separado de este mismo conocimiento. El conocimiento es capaz de ser su propio fin. Tal es la constitución de la mente humana que cualquier tipo de conocimiento, si es realmente tal, es su propia recompensa. Y si esto es verdad de todo conocimiento, es verdad también de esta filosofía especial que he hecho consistir en una visión comprehensiva de la verdad en todas sus ramas, de las relaciones de ciencia con ciencia, de sus relaciones mutuas y de sus respectivos valores.⁹

En este párrafo vemos los dos ejes sobre los que gravita la educación liberal. Por un lado, la libertad del conocimiento, que no se somete a otra finalidad que no sea la búsqueda de la verdad por el valor último y fundante de la existencia humana que ella misma tiene. Con ello, Newman quiere oponer resistencia a toda concepción de la universidad que la conciba como puesta al servicio de otra cosa que no sea la verdad por la verdad misma, es decir, a toda concepción utilitaria o pragmática de la formación universitaria. Por otra parte, esta perfección del intelecto se presenta como respuesta a otro de los rasgos problemáticos de nuestro tiempo, tanto en la época de Newman, como en la nuestra: la dispersión, fragmentación y nivelación positivista del conocimiento y su reducción a una especie de *técnica del saber* y una total supeditación a fines de tipo utilitarios, por no decir crasamente crematísticos¹⁰. La *unidad del conocimiento*, junto con el problema de la posibilidad de una ética universal, es a mi juicio uno de los problemas más acuciantes de nuestra cultura. El espléndido espectáculo de la diversidad y la pluralidad humanas corre el riesgo de disolverse en un peligroso piélago relativista, que nos pone frente a frente con una existencia sin soporte ni fundamento alguno, que se ve abocada a un nihilismo oscuro, angustiante, y en última instancia, violento. Frente a ello, la educación liberal que Newman propone tiene como objetivo formar una mirada filosófica que tiene voluntad de fundamento y que procura ver el mundo no desde las estrechas fronteras de una sola disciplina o una

9 Op. Cit., loc. 1488 de la edición electrónica. Traducción mía.

10 A causa de la brevedad obligada de esta ponencia, no puedo desarrollar más este tema. El mejor texto sobre este problema que conozco es el ensayo de Zubiri citado más arriba.

sola profesión, sino desde la totalidad de lo real, desde la respectiva unidad de todas las cosas y desde la sistematicidad que subyace a toda la realidad:

En la mente del filósofo [...] los elementos del mundo físico y moral, de las ciencias, las artes, los afanes, los rangos, los oficios, los eventos, las opiniones, las individualidades son vistos como una unidad, con funciones correlativas y como convergiendo gradualmente por sucesivas combinaciones, todos y cada uno, en el verdadero centro. Tener tan solo una porción de esta razón iluminadora y de esta verdadera filosofía es el estado más alto al que puede aspirar la naturaleza, en el camino del intelecto. Pone la mente sobre las influencias del cambio y la necesidad, sobre la ansiedad, el suspenso, la intranquilidad y la superstición, lo cual es la suerte de muchos.¹¹

Esta, sin duda, es una visión ideal, de una gran belleza y es quizás la nostalgia que subyace al malestar de muchos de los que nos desempeñamos como estudiantes o profesores en las academias modernas. Es una visión que no se ha realizado plenamente en ninguna parte, pero que pienso debería cuestionarnos en nuestras continuas referencias a la necesidad de una reforma de la universidad. Es, ciertamente, una visión anacrónica. Pero esto no lo digo como un problema, sino como algo positivo y necesario. Después de todo, ser católicos es ser hondamente anacrónicos. Primero, porque somos esencialmente conservadores: estamos llamados a preservar la verdad revelada, el misterio último de la realidad que nos ha sido confiado y transmitido desde hace siglos, porque creemos que en ella yace el secreto de la plenitud del hombre y del cosmos. Segundo, porque sabemos que esa plenitud no es obra humana y será graciosamente derramada sobre el amor que pusimos en nuestros pobres esfuerzos tan solo al final de los tiempos. A Newman, entonces, profundo católico, no le parece que tenga que adaptar la verdad de la universidad a la triste realidad del tiempo presente, sino más bien iluminar este tiempo con la luz de lo que él considera lo correcto. Por eso su propuesta es *contracorriente*: frente a la tendencia moderna al pragmatismo y el utilitarismo educativo, reivindica una universidad que se ocupa de la verdad en cuanto tal. Frente a la fragmentación, la dispersión y el relativismo de la cultura humana, ofrece una mirada que asume el reto de rescatar la universalidad y la unidad del conocimiento y la verdad.

Naturalmente que la pregunta que surge en todos nosotros es, paradójicamente, la pregunta por la puesta en práctica de esta concepción. No puedo extenderme sobre el punto, así que me limitaré a mencionar un par de cosas. Sería un equívoco plantear esto como una sustitución de la formación profesional por una vaga formación "humanística" o filosófico-literaria. Es más

¹¹ *Op. Cit.*, loc. 1920 de la edición electrónica. Traducción mía.

bien una determinada forma de ejercer y enseñar toda ciencia y toda profesión lo que debe hacer posible este ideal liberal de la educación. Es un espíritu que está en capacidad de informar y fecundar todas las disciplinas universitarias. Implica, eso sí, que se dedique más tiempo al estudio, y no menos, como se está proponiendo hoy en día. Es, por otra parte, una vocación. Quien no la tenga, debería ir a una escuela de formación profesional o técnica. Tiene que ver, por otro lado, con la formación de una cierta élite intelectual y espiritual que pueda hacerse presente en todas las ramas del quehacer profesional y cultural de la sociedad, para fecundarla desde una existencia comprometida con el primado de la verdad. Cómo se puede organizar prácticamente la universidad para lograr esto, es otro tema. En algunos países, se están fundando de nuevo las universidades o *colleges* de estudios liberales, que otorgan el título en *Liberal Arts* y que preparan a los estudiantes en este espíritu *antes* de ingresar en las universidades que les ofrecerán la formación profesional, técnica o científica con la cual se van a desempeñar en el mundo laboral. En Venezuela ya se ha abierto una carrera de estudios liberales en una universidad privada y en la universidad Simón Bolívar la carrera de Estudios Liberales ha sido aprobada, después de mucha incompreensión y resistencias, y espera mejores tiempos para comenzar a funcionar.

Pero, sea como sea, lo más importante es recuperar el *horizonte* de la universidad tal como Newman la entendía: como un lugar comprometido, antes que nada, con la verdad. Una universidad donde se pueda *pensar*, aunque ello sea anacrónico.

Caracas, enero de 2013